

SOBRE LOS EPÍGRAFES IBÉRICOS DE LAS ÁNFORAS DE VIEILLE-TOULOUSE *

1. Son elocuentísimos esos letreros en caracteres ibéricos encontrados en las excavaciones realizadas inmediatamente al Sur de Toulouse, en Vieille-Toulouse¹. La metrología ibérica dispone ahora de un testimonio tan valioso como el del cuenco de La Granjuela. Afirmaría incluso que más valioso, pues mientras que en la inscripción de ese cuenco encontramos, en lo que a metrología atañe, meramente la indicación del peso del metal, en las ánforas de Vieille-Toulouse descubrimos datos que con toda probabilidad han de referirse a más de un sector de la metrología. Además, en este último caso no tenemos una sola inscripción sino numerosos letreros, algunos de ellos bien conservados, perfectamente legibles. A ello se suma que el contexto arqueológico permite determinar la fecha en que fueron escritos, y, si no el lugar en que fueron escritos, sí el lugar del destino, puntos éstos que no es fácil precisar en el caso del cuenco de La Granjuela, por lo expuestos que estaban los recipientes de material precioso a ser llevados del sitio de la producción o destino primero a otro lugar, como ha sucedido con frecuencia.

1.1. Han sido publicadas dos interpretaciones de los letreros pintados en las ánforas de Vieille-Toulouse. Una, de Magnol y Vidal, «Les inscriptions peintes en caractères ibériques de Vieille-Toulouse», otra, de Michel Lejeune, «Vieille-Toulouse et la métrologie Ibérique», ambas en el tomo 16 de *Revue Archéologique de Narbonnaise*, 1983.

1.2. No podemos entrar ahora en el análisis detallado de estas interpretaciones, pero me parece imprescindible tocar algún aspecto de las mismas. Ambas coinciden en admitir que, junto a nombres propios, personales, que interpretan como nombres de los clientes, figuran indicaciones metroológicas. Una diferencia importante es la determinación de la extensión de los enunciados con carácter metroológico —o, si preferimos, de los nombres propios—, cuestión ésta de suma importancia para la justa valoración de los letreros. Los señores Magnol y Vidal consideran el signo Σ como parte integrante de los nombres precedentes. Resultarían de ese modo numerosos nombres terminados en *-kos*, como *Ambikos*, *Binungikos*, *Carbikos*, *Curticos*, sin que falten dos *Ca-kos*, o en *-ko*, como *Rubako*.

* Entregamos a la imprenta, sin reelaborar, el texto presentado en el Congreso de Vitoria. No lo haríamos si no siguiéramos creyendo que el enfoque de esta interpretación es acertado. Hubiésemos deseado con todo cimentar mejor nuestra opinión, especialmente por diferir ésta a veces notablemente y aun oponerse radicalmente a la de competentes especialistas como son M. Lejeune, M. Vidal y J. P. Magnol que se han ocupado detenidamente de esos mismos epígrafes, y a quienes agradezco el que hayan tenido la gentileza de mandarme separatas de sus interpretaciones. A los datos de que gracias a estos auto-

res disponemos habría que sumar muchos detalles arqueológicos a la vez que sería necesario encuadrar las ánforas portadoras de los letreros en un contexto histórico y económico más amplio. A la espera de mejor coyuntura me ha parecido conveniente añadir, en la nota 12, alguna reflexión más sobre el valor que pudiera tener *L* en nuestros letreros.

¹ Se trata de más de veinte epígrafes claramente legibles y completos, o casi completos, y de otros fragmentarios.

1.3. Lo precario de esa interpretación, de esa segmentación, ha sido puesto en evidencia por el señor Lejeune con argumentos que encontrarán apoyo en la interpretación que nosotros daremos de la parte metrológica de los epígrafes. Los signos Σ o ζ no forman parte de los nombres anteriores sino que deben ser referidos al enunciado siguiente. Según leo en la nota 73 del artículo de Magnol y Vidal, también Javier de Hoz opina de manera parecida. Sepamos o no sepamos lo que significa Σ , nos resulte o no embarazosa su interpretación, ya la sola presencia de Q. OFELI, en caracteres latinos, seguido inmediatamente del signo Σ en cuestión debería ponernos alerta. Además, en algunos epígrafes precede a Σ un punto bien claro que no tenemos derecho a saltárnoslo a la torera. Tampoco debemos dejar desconsiderado, como argumenta el señor Lejeune, el factor de la probabilidad, según el cual «il est médiocrement probable que onze noms de Tectosages pris au hasard se soient sans aucune exception terminés en... *cos*». Si se trata de nombres de Tectosages o no es cuestión aparte, pero los argumentos de Lejeune quedan en pie sea como fuere.

1.4. Este ejemplo documenta una vez más el peligro de confusión que presentan algunos signos ibéricos para el filólogo moderno, al poder ser interpretados como letras ibéricas o como símbolos. En el artículo «Homografía conflictiva en ibérico», pp. 397-413 de las *Actas Lisboa* se trata este tema, por lo que no me detengo.

1.5. En otro artículo titulado «*Urcius y Concius Aequos*, nombre de vasija y medida de capacidad, no nombres propios» (v. nota 6) llamo la atención sobre el peligro ilustrado parcialmente en la interpretación de Σ , de interpretar como nombres de persona —o como parte de ellos—, aun forzando los datos, símbolos que a todas luces no lo son. Quisiera insistir breve pero encarecidamente sobre este punto. Incluso sin conocer el significado de Σ y a despecho de cualquier paralelo impecable con otros nombres de persona del mismo tiempo y lugar, hay que rechazar definitivamente el que ese signo y el siguiente puedan referirse a los nombres precedentes. Cualquier intento de interpretación de esos epígrafes deberá tomar en cuenta esa constatación o estará condenado al fracaso. Quisiera indicar de paso, porque me figuro que alguien de los presentes pudiera tener esa asociación, que en numerosas ánforas latinas encontramos la indicación COS, que hay que entender *consulibus*, por ejemplo en los epígrafes pintados de ánforas de la *Baetica* como *largo et mesallino cos*, o *orfito et prisco cos* (cf. *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad*, Madrid 1980, pp. 68 y 72). Y de paso, pero con toda convicción y sin que quede ni rastro de duda, indico que ésa sería una pista muy despistada, por encontrarse el KOS ibérico y el latino en contextos muy diferentes, aunque a primera vista no lo parezca.

El signo Σ , el único que figura en todas esas inscripciones, es la clave de la interpretación, una de las claves, de esos letreros de Vieille-Toulouse que suponen una invitación, un desafío para el estudio de la metrología en ibérico, a la vez que una piedra de toque para valorar los conocimientos que pensábamos o pensamos tener en este sector. No se trata, como otras muchas veces, de un par de signos aislados, esgrafiados sin contexto en un trocito de cerámica. Ni se trata de esas inscripciones abundantes en numerales pero que, al estar perdidos entre tantas palabras cuyo sentido se nos escapa totalmente, nos mandan un mensaje difícil de captar.

Los arqueólogos sitúan esas inscripciones de Vieille-Toulouse exactamente en el tiempo, sabemos que los letreros están pintados sobre ánforas, vinarias a cuanto leemos. Estamos informados sobre el ámbito cultural en que están ubicados nuestros textos: Nombres latinos, celtas, elementos escriturarios y «léxicos» ibéricos. Si con todo ello no somos capaces de levantar al menos la cáscara externa quiere decir que lo que sabemos de metrología ibérica es menos de lo

que pensábamos; que, en otras palabras, el método seguido hasta el presente por diversos autores en ese sector tendrá que ser revisado o abandonado.

2.1. El señor Lejeune observa que los escasos conocimientos de que disponemos en metrología ibérica son confusos, de manera que no contribuyen a esclarecer estos epígrafes. Su afirmación es válida si se refiere a una contribución directa. Los tres autores a que él alude² coinciden a grandes rasgos en la interpretación de los signos por ellos tomados en consideración, aunque en los detalles difieran. Los tres están además de acuerdo en admitir la posibilidad de que exista algún otro sistema junto al que ellos defienden para un caso concreto. Quien se ocupe de metrología, antigua o moderna, constatará las enormes interferencias entre diferentes sistemas, entre la tendencia hacia la innovación o renovación por un lado y la conservación de lo tradicional por otro, y se cuidará de tomar posturas intransigentes.

No sé si algún día llegaremos o llegarán a medir el año o el día por medio del sistema decimal que predomina en otros sectores; y la «docena» no ha sido suplantada todavía por la «decena», ni la pinta ha desaparecido totalmente frente al litro, ni la libra ha dejado de utilizarse completamente, etc. El que esos conocimientos en metrología no ayuden directamente tiene otras causas que luego veremos.

2.2. Lejeune, al igual que Magnol y Vidal, se inclina hacia una interpretación de nuestros epígrafes partiendo del sistema decimal. Esa postura es legítima y no sería anacrónica ni desentonaría desde el punto de vista de la geografía. El señor Lejeune cree descubrir un indicio del uso de ese sistema decimal en el empleo del símbolo \square para 'cinco', y en otras reflexiones. Hace referencia al griego ΠΕΝΤΕ 'cinco', y se pregunta si 10 no estaría expresado por medio de D(EKA)³. Aunque haya sido o haya podido ser así, sería aventurado basar en reflexiones de este tipo la existencia de un sistema metrológico decimal.

En latín e.g. los símbolos numerales se mueven plenamente dentro de la división decimal, V, X, L, C, D, M, lo que no excluye el que a la base de cualquier operación metrológica esté o predomine el sistema duodecimal.

2.3. Al fin y al cabo, lo que cuenta en la interpretación es el resultado. Con el sistema decimal, los epígrafes de nuestras ánforas se resisten al intérprete. Con otro sistema, con el clásico, del que Lejeune teme que salga injustamente privilegiado, los resultados son verdaderamente positivos. Adoptando una postura menos prudente que los otros intérpretes voy a adelantar que se ofrece una interpretación plenamente satisfactoria de los dos símbolos más importantes, de Σ y de ζ .

3. Tratemos de definir, de delimitar, en primer lugar el sector semántico de los enunciados. Para ello recurrimos a inscripciones análogas de lenguas y culturas mejor estudiadas que la ibérica, a las clásicas.

Al no tratarse en el caso de las ánforas de Vieille-Toulouse de óstraka ni de otro material utilizado corrientemente con función parecida a la del papel hoy en día, podemos estrechar sin demasiado riesgo el círculo de nuestro análisis. No es cuestión de principio, sino de conveniencia, de economía del esfuerzo.

² J. de Hoz, en *APL* 16, 1981, pp. 476-486; D. Fletcher, en *Servicio de invest. prehist., Trabajos varios*, 46, 1980; F. J. Oroz, en *Actas Tübingen*, pp. 283-370.

³ Ver pp. 33-34 de Lejeune con observaciones críticas sobre el sistema propuesto por Magnol-Vidal y que quería descubrir en I, \square , Σ , L, Ψ los numerales 1, 5, 10, 50, 100.

3.1. Tres sectores de la metrología merecen especialmente nuestra atención: el ponderal, el angiológico y el pecuniario. Si se tratase de vasijas de material precioso la probabilidad nos recomendaría comenzar con el sector ponderal⁴. Pero no es ése el caso. En cerámica, en vasijas, ocurren epígrafes de estos tres sectores. Teniendo en cuenta la finalidad o el uso del recipiente en cuestión predominará un tipo u otro de epígrafe. Si tomamos en consideración la mercancía transportada, será más probable un sector que otro. Tratándose de miel, p.e., esperaremos indicaciones diferentes que si se trata —como se admite para nuestras ánforas— de vino. En numerosas vasijas destinadas a conservar la miel figura la indicación ponderal, en varios tipos de inscripción que no considero necesario exponer ahora. En tal caso no nos extrañaría encontrar en epígrafes ibéricos los signos P, H, ζ que conocemos de otros lettereros. El hecho de que en los epígrafes de Vieille-Toulouse falten esos signos ya pudiera ser un indicio, por cuanto débil, de que la cantidad expresada no ha de ser ponderal.

3.1.2. La indicación de la capacidad, o más exactamente, de la cantidad contenida, que no tenían que corresponderse ni por mucho, como consta de testimonios literarios, es corrientísima tratándose de vino.

3.1.2.1. El señor Lejeune ha pensado naturalmente en una interpretación con este enfoque, pero la rechaza argumentando que sería difícil imaginarse indicaciones de la misma naturaleza, referidas a ánforas de la misma dimensión, de capacidad estandarizada, con epígrafes que varíen en la proporción de 0/2/6 a 4/3/3, o sea aproximadamente de 1 a 15. Los epígrafes de este tipo suelen referirse a la cantidad contenida en cada vasija, y no a la suma global de todas las vasijas de una remesa o de varias, siendo esta última función más propia de los óstraka. Ahora bien: ¿Vale la pena intentar una interpretación de este género para nuestros epígrafes, pintados todos ellos sobre ánforas que tenían, como opina Lejeune, una capacidad media de 25 a 26 litros?

3.2. Hay dos factores que han impedido a los autores anteriores llegar o acercarse a la explicación de lo que parece enigmático, la aplicación del sistema decimal que lleva a resultados completamente insatisfactorios, y la idea de que las ánforas tenían una capacidad fija que hacía innecesaria una indicación al respecto. La capacidad del ánfora, de un tipo de ánfora y de la medida así denominada se calcula efectivamente en unos 25 a 26 litros, según puede leerse en cualquier tratado de metrología latina. Pero ese cálculo es una abstracción o una norma que sólo debe servirnos de orientación, con limitaciones bien claras desde el punto de vista topológico y cronológico.

Es una lástima que los arqueólogos sean tan avaros en ofrecernos, siempre y cuando las circunstancias lo permitan, la capacidad y el peso exactos de las vasijas utilizadas como medio de transporte o conserva. Esa indicación debería ser una norma obligatoria, sin excepción, si —como en nuestro caso— la vasija porta un enunciado a todas luces metroológico. La indicación global o la cabida media también es importante, pero no basta para realizar cálculos metroológicos. Sería algo así como si sacásemos la estatura media de los señores aquí reunidos y mandásemos ese promedio a un sastre para que nos hiciera un traje a medida.

3.2.1. Es evidente que esas precisiones de la cabida no podrían en ningún caso superar discrepancias como las arriba apuntadas, de 1 a 15. Pero hay que ver si esas divergencias figuran en los epígrafes o resultan antes bien de la aplicación de un sistema no adecuado.

⁴ Cf. el material reunido en mi artículo citado en la nota 2, especialmente pp. 300-328.

3.2.2. Respecto al signo Σ , Lejeune⁵ se pregunta si no podría encubrir la abreviatura acrofónica de una palabra ibérica que significaría algo así como «debido».

3.2.3. Cabría preguntarse por qué motivos había de figurar con regularidad, en todas las ánforas, un signo cuyo significado estaría implícito en el enunciado. Tenemos que renunciar a esa explicación que, por otro lado, ese autor menciona como mera hipótesis.

3.3. La solución es, una vez encontrada la pista, muy sencilla, aunque se exijan varias consideraciones hasta llegar a la evidencia. Ese primer signo clave, Σ , representa simplemente una capacidad que está a la base de todas esas inscripciones, y cuyo tamaño es tal que no cabe más que una vez en cada ánfora. En otras palabras —partiendo de la suposición de que se trata de vasijas de unos 25 a 26 litros— ese signo expresa la cantidad ‘ánfora’, esa medida estándar y básica en metrología latina. En todas esas ánforas había pues un ánfora de líquido, en algunas de ellas algo más, expresado por el signo o los signos siguientes.

3.3.1. El signo ς expresa desde luego una cantidad inferior al ‘ánfora’, muy inferior a ella, ya que de lo contrario surgiría una divergencia notable entre los contenidos de los diversos recipientes. Para la unidad así expresada se nos ofrece el *sextario*, cuya capacidad es 1/48 de la cabida del ‘ánfora’, es decir, unos 0,54 litros. Los cuatro sextarios de las vasijas A-E supondrían un poco más de 2 litros, las tres de F-L serían 1,5 litros aproximadamente, etc.

⁵ Reproducimos del citado artículo de Lejeune, p. 35, el siguiente cuadro en el que está plasmada la opinión de ese autor:

Inscription		Grandes unites	Unités moyennes	Petites unites	formule
... Σ SSSSLIIIYIII	A	SSSS	L: III	Y: III	4:3:3
... Σ SSSSLIIIYIII	B	SSSS	L: III	Y: III	4:3:3
... Σ SSSSLIIIYIII	C	SSSS	L: III	Y: III	4:3:3
... Σ SSSSLIIIYIII	D	SSSS	L: III	Y: III	4:3:3
... Σ SSSSLYIII	E	SSSS	L: ()	Y: III	4:1:4
... Σ SSSLIIYIII	F	SSS	L: II	Y: III	3:5:4
... Σ SSSLIIYIII	G	SSS	L: II	Y: III	3:5:4
... Σ SSSYIII	H	SSS		Y: III	3:0:4
... Σ SSSYIII	J	SSS		Y: III	3:0:4
... Σ SS[SYIII]	K	SSS		Y: III	3:0:4
... Σ SSSYII	L	SSS		Y: II	3:0:2
... Σ SSIIYIII	M	SS	(L: III)	Y: III	2:3:4
... Σ SSIIYIII	N	SS	(L: III)	Y: III	2:3:4
... Σ SLIIIIYII	O	S	L: III	Y: III	1:9:8
... Σ SLIIII	P	S	(L: III)		1:9:0
... Σ SLIIIIYII	Q	S	(L: III)	Y: II	1:8:5
... Σ SLIIIIYIII	R	S	(L: III)	Y: III	1:8:4
... Σ SLIYII	S	S	L: ()	Y: II	1:1:6
... Σ SLIYII	T	S	L: ()	Y: II	1:1:6
... Σ SIYIII	U	S	(L:)	Y: III	1:1:4
... Σ S Y[]	V	S		Y: []	1:0:?
... Σ LIIYII	W		L: II	Y: II	0:2:6
... Σ LIIYII	X		L: II	Y: II	0:2:6
... Σ LIIYII	Y		L: II	Y: II	0:2:6
... Σ LIIYII[]	Z		L: II	Y: II	0:2:6

3.4. Estos cálculos no se basan en especulaciones ni en consideraciones sobre medidas de capacidad extrañas y hasta poco menos que inventadas o deducidas. Todo lo contrario. El *ánfora* es la medida grande de capacidad más corriente, el *sextario* la medida que más frecuentemente se emplea en indicaciones de contenido de líquidos en la metrología latina, de donde pasó al griego. Para hacerse una idea sobre la vitalidad de esa voz baste pensar en las palabras románicas que de ella derivan: *sestier*, *sextier*, *sesteron*, *sestairalatge*, *staio*, *sistè*, *sester*, etc. El *sextario* es la sexta parte del *Congius*.

Es fácil que esta última voz, *congius*, haya evocado el X de nuestros epígrafes. Y ésta fue la primera asociación que tuve yo, la más espontánea al conocer esos epígrafes. Tanto más cuanto que hace unos años intenté y creo que conseguí demostrar para la Galia la existencia del *congius*, y de un *congius* especial testimoniado expresamente por un epígrafe y deducido de la capacidad de numerosas vasijas⁶.

En los letteros mismos no hay ningún indicio que se oponga a esa interpretación: el signo S no se repite más que 4 veces como máximo, de modo que junto al *congius*, que era 6 veces superior, cuadraría muy bien. La correspondencia entre el signo ibérico X y la sílaba inicial de *congius* sería perfecta. Y el *congius*, es superfluo decirlo, es comunísimo en los autores latinos, por lo menos desde Catón. En las lenguas románicas ha dejado abundantes descendientes, sobre todo en Italia: Italiano antiguo *cogno* 'medida para vino y aceite', abrucés *kuñe* 'recipiente de madera para pescado en escabeche', logudorés *kondzu* 'jarra', sasarés *kuñolu* 'cesta', etc. (*REW* 2146). El ejemplar más conocido fue el *Congius Farnesinus*, con inscripción metrológica, de P X, sobre el que tanto se ha escrito.

Me cuesta despedirme de esa explicación, pero consideraciones de tipo semántico, fundadas en la información de los arqueólogos, me obligan inexorablemente a ello. El *congius* medía poco más de 3 litros, la octava parte del ánfora, de modo que nuestras vasijas resultarían enanas, de 3 a 5 litros.

Las indicaciones que siguen en nuestros epígrafes a S , si es que se refieren a la capacidad, no influyen de manera decisiva sobre la misma, pues ha de tratarse de medidas muy pequeñas. Luego volveremos sobre este particular.

3.4.1. La interpretación que se impone es la antes insinuada: X está por «ánfora», medida de capacidad de 26,26 litros según los metrólogos; S está por «sextario», que medía 0,547 litros, de modo que las vasijas mayores de Vieille-Toulouse que nos ocupan medían aproximadamente 28 litros, y las más pequeñas, 26 litros. Esta interpretación nos parece segura aun cuando la última palabra la tengan las ánforas mismas, ya que no excluimos una variación en la norma, más que en el sistema, y de lo que podría darnos información la medición de las vasijas⁷.

Nos sentimos obligados a explicar por qué razón se habrá expresado 'ánfora' por medio del signo X , y 'sextario' con el signo S .

3.4.2. La explicación parece evidente para esta segunda medida, ya que X encuentra correspondencia en la inicial de *Sextarius*. Esta ecuación es susceptible de una ligera modificación que vería en S una reproducción del signo latino para *sextarius*, o sea, de una *S* con una rayita transversal. Pero a fin de cuentas lo mismo da para nuestro propósito un enfoque que otro, por más que para la discusión de las sibilantes ibéricas pudiera no ser indiferente ese aspecto.

⁶ «*Urcius* y *Concius Aequos*, nombre de vasija y medida de capacidad, no nombres propios», *Fontes Linguae Vasconum* 20, 1975, pp. 209-226.

⁷ El tipo de ánfora y la capacidad media servirá sólo para una primera orientación.

3.4.3. Algo más complicada es la explicación de Σ . Menos mal que no tenemos necesidad de recurrir a la fantástica interpretación de querer ver en ese signo una forma estilizada de la vasija con dos asas. Para encontrar la solución tenemos que remontar algo más atrás que la época de César o Cicerón en la historia de *amphora* en latín. Esta palabra está documentada desde Plauto, con el significado de 'vasija para diversos usos', pero sin relación directa con una medida determinada. Es posible trazar una línea divisoria bastante clara, aunque es normal que haya interferencias semánticas, entre *amphora* 'Vas ad res condendas destinatum, plerumque fictile', y 'mensura'.

3.4.4. *Amphora* 'medida de capacidad' la encontramos en Cicerón, Columela, Suetonio, Plinio, etc., pero falta en autores anteriores por más que un pasaje de Catón pueda interpretarse en este sentido (*Agr.* 57: *vini bibant in dies heminas ternas, id est in mense amphoram*). Esta 'ánfora' sería de todos modos algo diferente de la 'normal' de 48 sextarios, lo que se explica perfectamente por las circunstancias.

3.4.5. Y antes de esa fecha, ¿cuál era el nombre de esa medida, si es que existió? Existió, y su nombre está ampliamente documentado en tratados de metrología, en obras relacionadas con indicaciones de capacidad, en inscripciones sobre ánforas. Voy a ser parco en aducir documentación: Festo nos informa claramente sobre ese nombre: «*quadrantal vocabant antiqui quam ex Graeco amphoram dicunt, quod vas pedis quadrati octo et quadraginta capit sextarios*». Volusius Maecianus, del siglo II de nuestra era, lo dice también expresamente: «*...quadrantal, quod nunc plerique amphoram vocant*»

3.4.5.1. Plauto, Catón y otros testimonios antiguos emplean esa voz repetidamente. La *Lex Silia* —que ha sido datada hacia el año 204 a.C., aunque no haya acuerdo sobre este punto— nos da normas sobre el tamaño que tiene el *quadrantal*, no el ánfora: «*uti quadrantal vini LXXX pondo siet*», o sea, que el *quadrantal* de vino debía pesar 80 libras⁸. Esa indicación, traducida a términos modernos, corresponde a unos 26 litros. En glosas tenemos la ecuación *quadrantale: amphora*⁹. A diferencia del ánfora, el *quadrantal* era una medida fija de capacidad, un término técnico, que poco a poco había de ser substituído por el nombre de un recipiente que al principio era indiferente desde el punto de vista de la metrología. Esta substitución paulatina de *quadrantal* por *amphora* presupone un acercamiento de la capacidad de esta última a la norma mensural de aquél, de lo que dan cumplido testimonio las numerosísimas ánforas con una cabida aproximadamente igual al *quadrantal*.

3.4.5.2. Contentémonos por ahora con haber constatado que *quadrantal* era el término oficial y corriente para la medida de capacidad de líquidos de 48 sextarios en la metrología romana y que más tarde fue substituído por el de 'ánfora'. Catón nos da una receta, que ignoro si encontraría el beneplácito de nuestros paladares modernos «*Vinum familiae per hiemem qui utatur*», en la que aparecen juntos, como en otros textos, el *quadrantal* y el *sextario*: *Musti quadrantalia X in dolium indito, aceti acris quadrantalia II. Eodem infundito sapae quadrantalia duo, aquae dulcis quadrantalia L.- Eo addito aquae marinae veteris sextarios LXIII*» (*De re rustica* c. 104).

3.4.6. La historia posterior de *quadrantal* no nos interesa. Lo importante para nosotros es que durante el siglo II a.C., en que han sido fechadas con seguridad las ánforas de Vieille-

⁸ *Ex ponderibus publicis, quibus hac tempestate populus oetier solet, uti coequatur se dulo malo, uti quadrantal vini octoginta pondo siet, congius vini decem pondo siet, sex sextari congius siet vini, III sextari*

quadrantal siet vini (Lex Silia). Este texto presupone la existencia de otras medidas.

⁹ *CGIL* IV, 558, 58.

Toulouse, *quadrantal* estaba en pleno uso para la capacidad de 48 sextarios, para lo que se llamaría 'ánfora', en el sentido metrológico¹⁰. No es difícil adivinar la interpretación que quisiera proponer: El signo Σ será una adaptación del latín *quadrantal*, o, si preferimos, de la sigla latina para esa capacidad, que era Q, con ligeras variantes¹¹. Habría que analizar por qué motivo se representaría *quadrantal* con el signo Σ , que se transcribe *ko*, y no con \odot . La forma griega *Kodrantes*, originada de *quadrantes*, se me ocurre ahora como caso algo análogo por más que la cronología nos prohíba dar demasiada fuerza a este ejemplo. Más nos inclinaríamos a relacionar Σ con la historia de Q en latín y su vinculación con *koppa* y el etrusco Φ .

4. La interpretación nos parece plenamente aceptable hasta este punto *in re e in verbis*. Para afinar el cálculo necesitaríamos datos más precisos sobre la cabida de las respectivas vasijas y una determinación cronológica más exacta. Tendríamos que buscar información en un contexto más amplio sobre la moneda usual en esa región en el siglo II a.C., sobre el precio del vino en el mismo tiempo y lugar, sobre el sistema tributario, etc.

4.1. Aun sin disponer de esos datos podemos hacer alguna consideración más sobre los enunciados metrológicos. El signo L ha sido interpretado por Magnol-Vidal, de acuerdo con su valor en latín, como 50. La ecuación es digna de ser tomada en cuenta, sobre todo al haber constatado que a la base de la capacidad de las ánforas mismas está el sistema metrológico clásico.

Se puede poner con todo algún reparo a esa ecuación. Para el signo \square se admite que equivale, de acuerdo con su valor en griego, a 5. No deja de resultarnos algo sospechosa esta mezcla de sistemas numerales, pero podría tener una explicación interna que nos llevaría lejos examinar ahora. De aceptar la interpretación L = 50, en nuestros epígrafes tendríamos las siguientes cantidades: 53 (A-D), 50 (E, S-T), 55 (F-G), 0 (H-L, V), 52 (W-Z), 59 (O y acaso P-R).

4.1.1. Es un cuadro anárquico. Es cierto que para H-L y V, donde falta ese signo, podríamos suplirlo sin dificultad por el contexto, pero únicamente cuando por lo demás estemos seguros de la interpretación. Aun así y todo nos quedarían discrepancias como entre 50 y 59. Si solamente conociéramos los epígrafes A-D y S-T tendríamos una explicación que sería difícil de infirmar y que nos ahorraría la labor de seguir buscando.

Tendríamos una especie de «bilingüe», con indicación de la capacidad de dos maneras diferentes, aunque moviéndose dentro del mismo sistema duodecimal. En efecto, una manera muy corriente de expresar ΣSSSS , o sea *un quadrantal, cuatro sextarios*, sería o era 52 sextarios; en S-T tenemos 49 sextarios, cantidades éstas que coinciden casi exactamente con LIII y L. Si solamente tuviéramos estos epígrafes nos daríamos por satisfechos con esta explicación, viendo efectivamente una indicación ibérico-latina de la capacidad que cuadraría incluso bien en el ambiente pluricultural. Pero tenemos otros epígrafes que enturbian ese cálculo. ¿Cómo explicar e.g. la discrepancia entre 49 y 59 de O-P, o de 58 en Q-R frente a 49, etc.? Sería prematuro pensar en despistes o en intenciones fraudulentas. Tampoco podemos interpretar sin más esos hechos como indicio de que estaban en uso dos sistemas algo diferentes, acaso en fun-

¹⁰ *Mensurarum liquoris atque grani expeditior et forma et appellatio est: nam quadrantal, quod nunc plerique amphoram vocant, habet urnas duas, modios tres, semodios sex, congios octo, sextarios quadraginta*

octo, heminas nonaginta sex, quartarios centum nonaginta duo, cyathos quingentos septuaginta sex (Volusius Maecianus).

¹¹ q / q̄ son símbolos corrientes para «quadrantal».

ción con el tiempo. Tendremos que esperar a la medición de las ánforas antes de pronunciarnos definitivamente sobre este aspecto.

4.1.2. Si esta parte de los epígrafes fuera una réplica de la indicación anterior, quedándonos dentro del mismo sector metrológico, de la capacidad, para el último signo, Ψ , se ofrece una interpretación que merece un breve comentario. La cantidad que esperaríamos sería la del *cyathus*, medida de capacidad correspondiente a 1/12 del sextario y documentada frecuentemente a partir de Plauto, en prosa y en verso. Según el *REW*, el *FEW* y otros diccionarios románicos esa voz es el étimo de *cazo*, *cazuela*, etc., lo que documentaría su vitalidad, por más que haya algún detalle fonético contra esa etimología.

Como quiera que sea, el *cyathus* era comunísimo. Estaba destinado principalmente a sacar el vino de recipientes mayores, cual la cratera, en los convivios.

Si consultamos los *Metrologici Scriptores* de Hultsch II, encontramos que la primera de las siglas para expresar esa cantidad es TI. Podríamos pensar en que el signo ibérico Ψ estaría precisamente glosando esa sigla metrológica. El problema es que el tamaño del *cyathus* era muy reducido, de 0,045 litros. Para un vaso era apta esa medida, para que figure en tantos epígrafes de ánforas, en cambio, no.

4.1.2.1. Habría que explicar qué razones tuvo el comerciante para apuntar sistemáticamente una cantidad tan diminuta, para ser tan preciso en la indicación del contenido. Tratándose de material precioso, los epígrafes suelen ser muy exactos, expresando hasta fracciones muy pequeñas. Ello está condicionado por el valor de esos metales.

Si admitimos que en nuestras ánforas había vino, no vemos motivo para esa información. El *cyathos* era muy corriente, pero en otro contexto, y no como cantidad que se anotase sobre vasijas para transportar vino al por mayor.

4.1.2.2. Se presentarían además problemas técnicos. Admiten los arqueólogos que las ánforas venían cargadas a Galia, y que el comerciante, sin abrir las ánforas ni realizar trasvase alguno, las distribuía a sus clientes. Así leemos en Lejeune expresamente. Es un aspecto interesante el de la determinación de la cantidad contenida por parte del comerciante intermedio. No creo que sea prudente admitir sin más que la indicación en caracteres ibéricos se realizó en el lugar de origen de la mercancía, si éstas efectivamente provenían de fuera de Galia. Compete a los arqueólogos la tarea de precisar la región de origen de las ánforas y tal vez incluso el *fundus* de donde procedía la mercancía. Es de suponer que las ánforas irían acompañadas de una indicación de interés para el consumidor, para el comerciante. Tal vez hayan llevado algún letrero o posiblemente una etiqueta, los *pittacia* de que nos habla Petronio, 34,6, o los *tituli picti* de tantas ánforas, p.e. de las olearias de la Baetica. El comerciante habrá traducido el mensaje, pintándolo en las ánforas al momento de recibirlas o distribuir las.

Para calcular el contenido de las vasijas había otra posibilidad. Bastaba con conocer el peso de la vasija vacía. Pongamos por ejemplo el grafito de *CIL* XIII 3, 1, 64, P(ondo) VIII S(emis).

Este método fue muy usado en la Antigüedad con mercancías que se vendían a peso, pero no exclusivamente con ellas. Así se explican en gran parte las múltiples indicaciones ponderales que encontramos en vasijas destinadas al transporte, y que se entregaban junto con la mercancía, según lo dice expresamente *Proc. Digesta* XXXIII 6, 15: «...vinum... vendimus cum his amphoris et cadis...».

Era un método muy práctico, con grandes ventajas para el comercio a gran escala y que permitía el control, oficial —para el cobro de impuestos— y particular. En la reciente publicación *Producción y comercio del aceite en la Antigüedad*, Madrid 1980, podemos enterarnos de detalles al respecto.

No se diferencia substancialmente del método usual hoy en día, por ejemplo en las grandes bodegas: Se pesa la tara del camión, se pesa el total, se hace la resta, y asunto concluido.

4.2.1. Volviendo a nuestras ánforas, el señor Lejeune opina que ha de tratarse de un epígrafe metrológico que no contiene más que *un* enunciado cuantitativo (§ 14).

Aceptaríamos esta opinión solamente si admitimos una duplicación del enunciado, viendo a partir del signo *L* una repetición de las cantidades expresadas con los signos anteriores, lo que no está probado ni nos parece muy probable. De lo contrario hay que admitir la existencia de más de un enunciado, por dos razones. Primero, por consideraciones internas, fundadas en el análisis de las inscripciones mismas. Damos por seguro que ζ corresponde al sextario, de 0,56 litros aproximadamente. A *L* sigue en el epígrafe $\text{O } \square \text{ IIII}$, que ha sido interpretado como 9. *L* debería ser pues por lo menos 10 veces menor que ζ , y quedándonos dentro del sistema duodecimal, 12 veces inferior a la cantidad expresada por ζ , o sea 0,56:12, lo que sería 0,045 litros, que correspondería a la medida del *cyathus*. Hasta este punto todavía podríamos aceptar aunque con reservas la interpretación. Pero luego seguiría otra unidad, la expresada por medio de Ψ , que debería ser por lo menos 7 veces (creo que en la tabla del señor Lejeune hay una pequeña errata que aumentaría ese número a 9) inferior al valor de *L*, y dentro del sistema duodecimal probablemente en tal caso 1/12 de 0,045, o sea 0,0037. Está claro que esa unidad de capacidad no puede figurar en un ánfora, siendo propia del arte culinaria o médica, para recetas.

4.2.2. La segunda razón es la comparación con inscripciones griegas o latinas sobre ánforas, donde no se encuentran indicaciones de la cabida en tantos grados. Esas distinciones pormenorizadas son propias de los tratados de metrología o de tablas de aritmética, pero sería ilusorio buscarlas en vasijas grandes.

4.2.2.1. El signo *L* no es obligatorio en esas inscripciones, sino facultativo. Se encuentra seguido de numerales en varias ánforas, falta en H-N y en U-V. En algunos epígrafes no tenemos rastro de esa indicación metrológica (H-L y V). Además, *L* nunca va seguido a lo que parece de un solo I, de una unidad sola.

Difícilmente puede tratarse de un numeral, de 50, a no ser que recurramos a la posibilidad de que se sobreentienda en algunos enunciados. Diríamos que se trata más bien del símbolo de una unidad que nos incumbe determinar.

Con la salvedad hecha antes, excluimos que pueda tratarse de la indicación de la capacidad. Una indicación ponderal es igualmente inadmisibile, a no ser que la cimentemos en muchas conjeturas, pues debería referirse al peso de la vasija vacía, de la tara, o llena, más que a la mercancía misma que estaría bien determinada por los signos primeros, resultando de todas maneras inexplicable la diferencia esencial si se trata de vasijas casi iguales.

4.2.2.2. ¿No podría entrañar esta parte metrológica una indicación del precio? Hay algún indicio que podría interpretarse en este sentido. Conocemos, en primer lugar, casos análogos, de indicación de la mercancía seguida del correspondiente valor de la misma. Esos enunciados conjuntos son corrientes sobre todo tratándose de vasijas destinadas al uso doméstico, como cráteras, escudillas, cazuelas, etc. Primero se indica la vasija, la unidad o varias, y luego el precio correspondiente. También en ánforas se encuentran indicaciones de ese tipo: *xôes d(éka) k(otýle) k(otýle) d(éka) stateres* (*The Athenian Agora*, XXI, p. 76).

Dentro del sector monetario encontramos que *L* está documentado con valor de símbolo, y precisamente de una unidad de moneda que no nos extrañaría encontrar en el sur de Galia, de la dracma. Es uno de los símbolos de esa unidad; otro más corriente es el de dos rayitas en ángu-

lo agudo, no recto, (cf. *RE s.v.* Drachme). Ese enfoque, que cuadraría perfectamente en ese contexto, presentaría problemas de interpretación en los detalles, y aun más que en los detalles. La duda principal: ¿por qué había de haber tanta diferencia en la indicación del precio de cantidades de vino casi iguales, de 1 a 8, omitiendo los casos en que falta totalmente esa indicación? Podría suponerse mercancía diferente, diversa clase de vino, pero la diferencia es demasiado grande. Además, si admitiésemos que se trata del símbolo para dracma, para la cantidad siguiente, para Υ , se esperarían óbolos. Como todos sabemos, el óbolo es la sexta parte de la dracma. Los enunciados hacen suponer sin embargo en el último signo una cantidad por lo menos 7 veces inferior a la anterior. Es cierto que también existirían esas unidades, p.e. el semióbolo, pero nos moveríamos en un terreno demasiado especulativo y conjetural en el que difícilmente llegaríamos a la convicción.

4.2.2.3. Sigamos tanteando y rechazando: en numerosas ánforas, griegas y latinas, se encuentran epígrafes con la indicación exacta del año en que se produjo el vino —o el aceite, p.ej.—. A esta costumbre se refiere Petronio 34, 6, en el texto: «*Amphorae vitreae diligenter gypsatae, quarum in cervicibus pittacia erant affixa cum hoc titulo: 'Falernum Opimianum annorum centum'*». *Fal(ernum) Mas(sicum) Q. Lutatio C. Mario Cos* y epígrafes parecidos en ánforas tendrían que mencionarse en este contexto, al igual que pasajes literarios que aluden al vino de varios años, al *vetus vinum*, al *merum bimum*, etc.

Tal vez nos hubiese tomado en consideración esta difundida costumbre si no hubiese conocido el valor de 'año' que asume el símbolo *L* en griego, como puede verse consultando V. Gardthausen, *Griechische Paläographie*, 1913, p. 341 y otras fuentes.

4.2.2.4. Aun a riesgo de aumentar la confusión no quiero pasar por alto otro posible enfoque, que me tienta más que ninguno de los tocados hasta ahora.

L era el símbolo metrológico para indicar simplemente 1/2. En el artículo de las *Actas Lisboa* me referí a este valor respecto a una medida de capacidad de Castillo de Locubín. Referido a nuestro caso, *L* significaría 1/2 sextario, viniendo a corresponder a la *cotyla* o *hemina*, que medía poco más de un cuarto de litro. Ese símbolo figurará únicamente en los epígrafes en los que sea necesario. Una repetición queda excluida, ya que dos *cotylae* equivalen al sextario. En epígrafes en ánforas es muy corriente esa unidad, al igual que en la literatura griega y latina, de donde sólo menciono *Cat. agr.* 146, 1, «*ut mittas mi oleum cotilas VI*».

Lo que me molestan son las unidades siguientes, que deberían representar los *cyathi*, y la precisión del enunciado que se nos antoja exagerada, casi superflua, y que seguro que no lo es¹².

¹² El signo *L* aparece, como es sabido, en otras inscripciones ibéricas, seguido a veces de numerales, como en nuestras ánforas (cf. e.g. D. Fletcher, *Textos ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia*, Valencia 1985, p. 33). Es un signo importante que merece un análisis conjunto y detallado tras el cual pudiera ser que se llegase a la conclusión de que —en función del tiempo y acaso del lugar— haya asumido en ibérico más de un valor. La presente nota toma en consideración exclusivamente las ánforas de Vieille-Toulouse y el valor que en esos epígrafes pudiera tener ese signo.

Ha sido propuesta la correspondencia $L = 50$, como en latín, que seguiría al signo $\frac{1}{2}$, que expresaría las centenas y precedería a las decenas y a las unidades. Nuestra interpretación de los letreros excluye esa función. $L = 50$, seguido o no de numerales, podría ser una indicación complementaria del enunciado anterior,

viniendo a ser una réplica del mismo, para el que no faltarían casos análogos en la antigüedad greco-romana. La falta de correspondencia en varios epígrafes nos lleva a desechar esa explicación. La ecuación $L = 50$ sólo podría mantenerse a mi juicio en pie si se consigue demostrar que los epígrafes que lo ostentan expresan una cantidad no relacionada directamente con el texto que precede a ese signo, aunque indirectamente pudiera estar en relación. Pudiera tratarse de una indicación ponderal, aunque no del contenido del ánfora ni del peso global, sino de la tara, del peso del ánfora. Es bien sabido que en numerosas ánforas se indica, por diversas razones, el peso del recipiente, aunque sea exagerada la afirmación que a veces se lee de que esa indicación era regular (cf. «El sistema metrológico...», *Actas Tübingen*, p. 296, nota 2). Tendríamos en tal caso algunos epígrafes en los que falta esa indicación ponderal (e.g. H-L de Lejeune);

5. Pasemos al último signo, al Ψ . Ésta es evidentemente una indicación de suma importancia, pues no falta más que en uno de los epígrafes, encontrándose también en algunas inscripciones fragmentarias del mismo lugar. ¿Qué puede ser tan importante tras la indicación detallada del contenido? No se refiere ni al peso de la vasija, de la *testa* que encontramos en otras ánforas; ni a una indicación global del número de vasijas. Parece que ha de tratarse del precio.

Creemos que ha de ser una indicación que se refiere al ánfora en que está escrito, o a parte de ella, pero no al precio del envío total.

5.1. Para determinar la cantidad indicada será necesario —lo que no he podido hacer todavía— estudiar detenidamente el precio del vino en el siglo II a.C. en la Galia, y conocer con precisión la unidad monetaria corriente en Vieille-Toulouse. De paso menciono el texto, de Polibio 15, 1, quien, comentando la riqueza agrícola de la Galia nos informa que «el precio del trigo era allí de cuatro óbolos el *medimnus* siciliano, el de cebada, de dos óbolos, costando la metreta de vino lo mismo que el *medimnus* de cebada». Este autor, muy posterior a nuestros epígrafes, pondera lo barato que son esas mercancías por su abundancia. En el *Satiricon* de Petronio, 76, encontramos el polo opuesto, el vino como preciosa mercancía: «*Concupiui negotiari(..), quinque naues aedificauit, oneraui uinum —et tunc erat contra aurum—, misi Romam...*».

en otros tendríamos que completar la indicación, como hace Lejeune (M-N, P-R, U), anteponiendo la *L* a las unidades. En otros epígrafes tendríamos la indicación *L*, que no es preciso de ninguna manera completar añadiendo la unidad, como propone Lejeune, y en otros tendríamos *L* seguido de unidades. Las indicaciones completas irían de 50 a 59. De tratarse de libras romanas, como esperaríamos, resultaría una tara que iría de 16,35 Kg. a 19,30 Kg., lo que parece algo elevado. Sería conveniente realizar sobre las vasijas mismas los correspondientes cálculos, para ver si se confirma o infirma este enfoque. Sin alejarnos del sector ponderal podríamos pensar en una indicación de la tara y la carga, del contenido y del continente de la respectiva ánfora, aunque en tal caso deberíamos sobreentender *C* en todos los epígrafes, *CL* en algunos de ellos. Un caso algo similar tendríamos en los epígrafes de los lingotes de plomo de Ses Salines, que resultaban enigmáticos, y que hemos conseguido interpretar por medio de consideraciones parecidas, cf. «El sistema metrológico...», *Actas Tübingen*, pp. 324-325, nota. De no confirmarse por medio de las correspondientes pesadas estas hipótesis renunciaríamos a la ecuación $L = 50$ y nos inclinaríamos a ver en *L* un símbolo —documentado en la epigrafía griega y latina, cf. «De homografía conflictiva en ibérico», *Actas Lisboa*, p. 410— para la «mitad». Concretamente indicaría en nuestros epígrafes «medio sextario», o sea «una cotila». Este símbolo no es repetible ya que de lo contrario la cantidad correspondiente se expresaría por medio de «sextario». Ese signo puede desde luego faltar o figurar en los epígrafes. Las unidades siguientes expresarían los *cyathi*, que son la doceava parte del sextario.

Son varias las objeciones a esta equiparación: habría que explicar por qué razón se expresarían cantidades tan pequeñas como los *cyathi* tratándose de una mercancía no tan preciosa. Y habría que explicar la falta de consecuen-

cia en la notación, donde encontraríamos 9 cotilas en vez de $L + III$, y sobre todo en el letrero 0 de Lejeune, donde encontramos (si la lectura es segura, lo que no se desprende de la foto de Vidal/Magnol, p. 6) *L* seguida de 9. No obstante estos fuertes reparos no quiero renunciar del todo a un enfoque de este tipo. Una explicación sería verosímil si los epígrafes ibéricos fueran, no solamente una reproducción de las correspondientes indicaciones griegas o latinas sino incluso traducciones de un sistema a otro. De este modo se explicaría tanto la precisión del enunciado como la falta de consecuencia. Para ilustrar esa idea podemos pensar en fenómenos parecidos que se observan hoy en día apenas se sale del sistema habitual. La factura no inventada de 11.536 ptas. por cuatro traducciones no nos extrañará si tenemos presente que la cuenta originaria era 30.000 FCFA, a 7.500 por traducción, y al curso de 1 pta. = 2,60 FCFA. Dentro del sector ponderal, en latas de conservas, p.e., encontramos cifras que dentro del sistema decimal son llamativas, como 297 gr., o 115 gr., pero que encuentran una explicación por medio del sistema duodecimal, por medio de la onza, donde corresponden a $10\frac{1}{2}$ oz y a 4 oz respectivamente. A la inversa, 125 gramos suele glosarse con $4\frac{3}{8}$ oz.

Los arqueólogos deberían determinar, analizando el material de las ánforas, la procedencia de las mismas. Entonces podría tal vez encontrarse la pista sobre el posible sistema originario, aunque tal vez pueda llegarse a resultados positivos partiendo de una adaptación de una indicación ponderal a una de capacidad dentro del sistema duodecimal latino.

Los epígrafes A-D, que expresarían $52\frac{3}{4}$ sextarios, encontraría correspondencia en 88 libras romanas; E en 87,5 libras, F-G en 86,5 libras, H-L en 85 libras, etc., pero la correspondencia no es convincente en todos los epígrafes.

5.2. Si no a precio de oro, por lo menos muy caro sí que ha debido de venderse el vino en la región de Toulouse en el siglo II a.C. Cicerón nos informa en el discurso *Pro Marco Fonteio* de los impuestos que había que pagar por ánfora de vino: «...*Titurium Tolosae quaternos denarios in singulas vini amphoras portori nomine exegisse; Croduni Porcium et Munium ternos et victoriatum, Vulchalone Servaeum binos et victoriatum; atque in his locis ab eis portorium esse exactum si qui Cobiomagò —qui vicus inter Tolosam et Narbonem est— deverterentur neque Tolosam ire vellent; Elesiodulis C. Annium senos denarios ab eis qui ad hostem portarent exegisse*»¹³ (9, 19).

Voy a presentar tres tipos de epígrafes como punto de partida, de comparación, para esa parte de nuestros epígrafes:

1. K PATE PEZ: Π I: IIII
2. *montani a a* (CIL XV 3644)
3. CTP XXXIX ACC XXXVII (CIL XIII 3, 1 54)

No creo que resulte demasiado arriesgado tras un estudio detenido que no podemos emprender ahora, dar una respuesta clara a las siguientes preguntas.

1. ¿Representa Ψ un símbolo sin relación con el nombre de la unidad a que alude?
- 2a. ¿Está ese signo por TIME 'precio' como en varias inscripciones griegas del tipo KRATERES Π I TIME F F F F, o sea, «seis cráteras precio cuatro dracmas»?

2b. ¿No corresponde más bien Ψ al DENARIO? Ya en el congreso de Lisboa nos sentimos tentados a descubrir junto a otras unidades monetarias, como término cultural, esa unidad que aparece documentada en inscripciones griegas del siglo II a.C. repetidas veces con la variante DINARION, con la sílaba inicial que encontramos en tantas palabras románicas relacionadas etimológicamente con esa voz, y con el vasco *diru* que, como recuerda Michelena, utiliza ya Leizarraga.

La diferencia de precio que derivaría de los epígrafes, de dos o seis unidades, o sea de 1 a 3, estaría condicionada por la calidad del contenido, por la marca o clase, o podría conllevar oscilaciones debidas a la subida o bajada de la mercancía en los diferentes años. Basta que nos acerquemos a cualquier tienda para constatar que la proporción de 1 a 3 no es nada rara, aun quedándonos dentro de la misma comarca o marca de vino.

6. Antes de resumir quisiera abandonar un momento el sector metrológico y hacer alguna observación sobre la función de lo que se consideran nombres propios en nuestros epígrafes.

Los autores que se han ocupado de estas inscripciones admiten implícita o lo afirman explícitamente que han de ser los nombres de diferentes clientes de Vieille-Toulouse a quienes estaría destinado el vino.

6.1. No es ésta la ocasión para entrar en discusiones, pero quisiera al menos de paso exponer mis dudas, mis fuertes reparos a esa interpretación. Y sobre todo quisiera llamar la atención sobre el peligro que encierran las conclusiones que quieren sacarse de esos nombres sobre la composición étnica o lingüística de la región o del centro de Vieille-Toulouse basándose en ese material. Esas conclusiones son a mi juicio meramente una hipótesis que se funda en otra hipótesis.

A raíz de los epígrafes de nuestras ánforas se ha afirmado, o se ha vuelto a afirmar, que el elemento latino era muy intenso en esa ciudad. No estoy de acuerdo, por las razones que voy a exponer, con la utilización de ese material en ese sentido.

¹³ Ese testimonio podría ser aportado en favor de la opinión de que TI expresará denarios, por más que no se tratará en nuestro caso de tributo o parte, a no ser que

estemos ante ánforas pertenecientes a diversas remesas de diferentes años.

Admitamos que, en efecto, en nuestros letreros pueden descubrirse —como leemos en los artículos que se ocupan de ellos— los nombres latinos Fabricius, Vinucius, Sextius, Curtius...¹⁴. Pero de ahí a suponer o admitir que en Vieille-Toulouse residían muchas personas latinas hay un gran paso, y creemos que un paso falso.

6.1.1. Tenemos indicios internos y externos para apoyar nuestro parecer. Ante todo tomemos en serio el texto de los epígrafes mismos, de los más claros. PAPIRKI —Fabrici—, PINUKI —Vinuci—, CURTI —Curti—, y el letrero latino Q. OFELI. El caso que más se les acerca —el caso gramatical— es el genitivo, que no creo que sea el más apropiado ni corriente para expresar una dirección, un destino, hasta que no se demuestre lo contrario. El TIBERI, LUKI, KAI... no aportan nada ni en favor ni en contra de esta opinión.

6.1.2. Busquemos otros indicios. Constata Lejeune que los epígrafes con el mismo nombre propio tienen generalmente indicaciones metrológicas idénticas. Expresándolo conforme a la interpretación que hemos dado en las páginas que preceden, que indican la misma capacidad (y el mismo precio). Ahora bien: ¿Cuál es la razón por la que habrían de ser iguales las ánforas destinadas a PINUKI por ejemplo? Pensaba Lejeune que el enunciado abarcaría la suma total destinada a un cliente, opinión ésta que ya no es sostenible. Podríamos pensar que el distribuidor habrá escogido, de entre la carga que le llegaba, vasijas iguales para el mismo cliente: Para PINUKI, de 26,75 libras; para RUBA, 4 ánforas de 26,5 litros; para AMBI, 3 de 28,5 litros, etc. Serían operaciones sumamente inverosímiles, alejadas de la realidad. Mucho más sencillo es admitir que ese nombre no es el del cliente, sino el del productor, *mercator* o *negotiator* que envasaba su mercancía en ánforas de tamaño aproximadamente igual, y que las vendía al mismo precio.

6.1.3. La ubicación de las ánforas también parece que puede interpretarse en el mismo sentido. En el esquema sobre las fosas vemos que en la XLVI estaban casi todos los «clientes» juntos: Ahí encontramos a KA, a RUBA, a SESTE, a CURTI, a PINUKI, a OFELI, etc. Por otro lado encontramos a IU en dos fosas, en la XLIV y en la XLVIII; AMBI aparece en la XLVI y en la XLVIII, etc.

Estas someras reflexiones ya son suficientes para que se someta a revisión la opinión de que los nombres propios indican clientes que residían en Vieille-Toulouse.

6.1.4. Hay otros argumentos. Si se admite que eran casi todos ellos clientes latinos, los trámites resultan paradójicos: las ánforas —que llegarían al puerto con indicaciones probablemente latinas— eran traducidas al ibero, a caracteres ibéricos, por más que estarían destinadas a clientes en su mayoría latinos. Trabajo éste, además de inútil, desconcertante.

6.1.5. La comparación con epígrafes de otras ánforas corrobora nuestro parecer, como puede verse consultando las oportunas publicaciones: Coeliorum, C. Titi Caprari, Q. Vritti Reuocati, T. Testi Titulli, Celeris, Primi Lucreti, etc., etc., no son nombres de clientes, sino de «mercatores» (cf. *Producción*, p. 183, y *Archeonautica* 1/1977, pp. 93 ss.).

6.2. Mientras no se demuestre lo contrario —y será difícil demostrarlo—, hemos de interpretar los nombres propios de esas ánforas de Vieille-Toulouse como nombres de los remitentes, en el sentido amplio, y no de los destinatarios.

¹⁴ De paso quisiera sugerir la posibilidad de que una de las inscripciones mal conservadas de Vidal/Magnol, p. 3, n.º 37 deba leerse *Agapiti*. La lectura *Curti* de la pág. 13 de Vidal/Magnol no es segura, ya que es llamativa la diferencia de los signos interpretados como TI

en una misma inscripción. Me inclino a no dar el mismo valor al signo inicial de los epígrafes del tipo IV de la pág. 12 del mismo artículo \wedge y \wedge . Ya la diferente indicación metrológica es indicio de que no se trata del mismo remitente.

En otras palabras, esas personas no moraban en Vieille-Toulouse, sino fuera de ese centro, en algún punto del litoral Mediterráneo cuando mucho, o acaso mucho más lejos, en el lugar de origen de las ánforas.

Sobre el componente étnico o lingüístico de Vieille-Toulouse, nada nos revelan, por tanto, esos epígrafes. Probablemente no haya habido en esa ciudad muchos clientes conexionados con el litoral, sino muy pocos, acaso uno y de nombre desconocido para nosotros. Y ese cliente no entendía latín, sino que necesitaba una información en caracteres ibéricos. De él podemos suponer que habrá tenido a su vez clientela al por menor en la región de Vieille-Toulouse, acaso un *emporium* de vino para realizar el comercio.

Los nombres de persona son una fuente inestimable para el estudio de la composición de la población de un centro o región, pero la fuerza probatoria de ese material no es siempre la misma. Si un nombre figura en una lápida, o en las emisiones de una ceca, o en un dolio, es algo diferente que si se encuentra pintado en una vasija destinada, como el ánfora, al transporte de mercancías.

7. Vamos a resumir: los epígrafes ibéricos de Vieille-Toulouse son preciosos para el estudio de la metrología ibérica y nos permiten adelantar en nuestros conocimientos en ese sector tan importante y revelador en el campo del intercambio cultural y económico. Nos presentan, en su parte metrológica, un mensaje asequible sin dificultades, la cantidad de líquido contenido en las diferentes ánforas.

7.1. Estos epígrafes están concebidos dentro del sistema clásico, del cómputo duodecimal. Podemos afinar algo más. No es el método corriente en la metrología griega, sino el latino, que por cierto había de ser adaptado en parte también por los griegos. En medidas de capacidad, el método tradicional griego tiene por base el *chous* y la *cotyla*: $\Gamma\text{II} \equiv$ 'siete choes, 3 kotylai', $\text{XXX}\Gamma\text{III}$ '3 choes, 8 kotylai', etc.

En esas ánforas se sigue el método típico latino de medir, el antiguo, en *quadrantal* y *sextarios*, que encontramos e.g. en Catón, y del que dan fe también epígrafes en ánforas, como éste de *CIL* XV, 4619: q III § III.

7.2. He presentado en esta lucubración como seguro lo que creo que es seguro, la interpretación de Σ y de ζ ; como probable, pero no demostrado, el valor de Ψ . En cambio no he conseguido determinar la función de *L*, que se presta a más de una interpretación.

8. Los estudios de metrología ibérica están en sus inicios, lo que obliga de manera especial a ser minuciosos, a ceñirse al detalle, y a no dar por probado lo que no pasa de ser probable. La concienziosidad en reproducir los epígrafes con enunciados metrológicos es indispensable, pues en ese sector un punto, una rayita diminuta, un signo o detalle al parecer insignificante puede conllevar un significado no transcurable. Por esta razón, en la lectura de tales epígrafes será necesario abstenerse de hacer conjeturas aunque parezcan justificadas mientras no esté claro el sentido del epígrafe.

Hace unos años, en un artículo titulado «El ibérico, lengua en contacto», *FLV* 23, pp. 183-193, subrayaba la importancia que puede tener el análisis de las influencias de lenguas y culturas con las que el ibérico es de suponer que estuviera en contacto, para llegar a conocer algo más sobre el ibérico mismo. En lo que a metrología ibérica se refiere, el camino más expedito y seguro para llegar a resultados positivos, para iniciarse en la materia, sigo creyendo que es la compa-

ración con sistemas metrológicos de culturas mejor conocidas. La presencia del sistema clásico la habíamos constatado en el cuenco de La Granjuela. Los epígrafes de las ánforas de Vieille-Toulouse que, en un lenguaje parco, casi estenografiado, nos transmiten un mensaje muy rico, comparable y aun superior al de tantos *tituli picti* de muchas ánforas con letreros latinos o griegos, demuestran que ya al inicio del siglo II a.C. en la región de Toulouse había impreso su cuño ese mismo sistema, imponiéndose en un sector tan importante como el de las medidas de capacidad, acaso aprovechando avances de aculturación griegos. Las ánforas mismas, su cabida, podrán revelarnos más exactamente cuál era concretamente la medida que está a la base del que se nos revela como sistema romano basado en el cálculo duodecimal.

Nos abstenemos de sacar conclusiones de esta constatación que consideramos de gran importancia. Ahora ya es por lo menos probable que existan vestigios del mismo sistema romano en otros epígrafes ibéricos, dentro y fuera del sector angiológico y ponderal.

FRANCISCO J. OROZ